

Abuelas



Abuelas

© María Bjerg e Inés Pérez (comp.); Cecilia Allemandi, Cecilia Belej, Débora Garazi,
Mirta Zaida Lobato, 2026

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Elena Luchetti

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de interior: María Florencia Videla

ISBN 978-950-02-1719-4

1ª edición: enero 2026

Impreso en Latingráfica,

Rocamora 4161, CABA,

en enero de 2026.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Abuelas / María Bjerg ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo,
2026.

176 p. ; 24 x 17 cm.

ISBN 978-950-02-1719-4

1. Crónicas. 2. Biografías. 3. Mujeres. I. Bjerg, María

CDD 982

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Abuelas

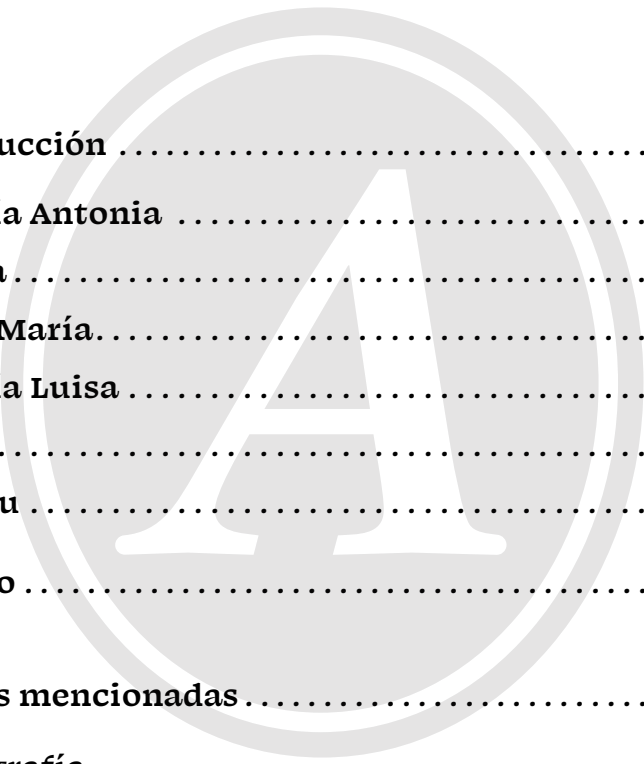
HISTORIAS ÍNTIMAS DE SEIS MUJERES
EN LA ARGENTINA DEL SIGLO XX



 Editorial El Ateneo

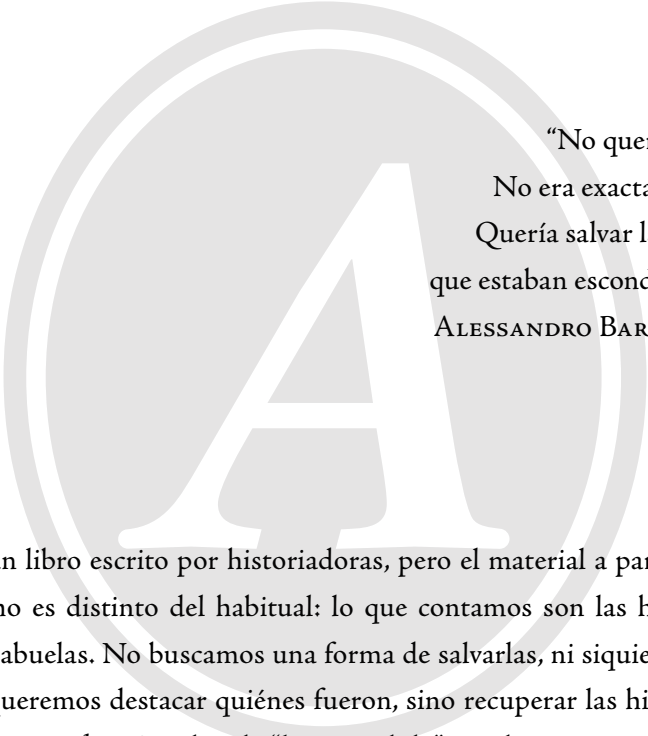


ÍNDICE



Introducción	7
 María Antonia	13
 Celia	35
 Ana María.....	57
 María Luisa	83
 Elba.....	103
 Nicou	129
Epílogo	151
Marcas mencionadas	155
Bibliografía.....	157
Créditos de las imágenes	163
Las autoras	165

INTRODUCCIÓN



“No quería salvarlo.
No era exactamente eso.
Quería salvar las historias
que estaban escondidas en él”.
ALESSANDRO BARICCO, 2005

Este es un libro escrito por historiadoras, pero el material a partir del que está hecho es distinto del habitual: lo que contamos son las historias de nuestras abuelas. No buscamos una forma de salvarlas, ni siquiera del olvido. No queremos destacar quiénes fueron, sino recuperar las historias que sus vidas *esconden*. La idea de “lo escondido” puede ser entendida en un doble sentido: el de los secretos —que ellas o sus familias ocultaron a la mirada ajena— y el de las historias que permanecen sin ser contadas. El proyecto de escribir este libro surgió de una conversación en la que, recordando las vidas de nuestras abuelas, vimos la dificultad con la que se enmarcaban en lo que como historiadoras conocíamos del tiempo en que habían vivido. La sexualidad por fuera del matrimonio, las familias paralelas, la viudez como inicio de una segunda vida, el antiperonismo como

clave identitaria de una trabajadora no parecían aspectos relevantes en sí mismos. Cada una de nosotras había entendido que la peculiaridad de su abuela no era más que la que tienen todas las trayectorias personales, pero, al reunir las, apareció una pregunta inquietante: ¿cuánto de lo que sabíamos por ser nietas permitía introducir matices significativos a las formas en que pensamos nuestro pasado?

Las familias se definen en torno a una memoria común, pero su transmisión entre generaciones no siempre es abierta. Una porción solo se transmite como secreto o como punto oscuro. Es una herencia compartida con otros familiares, que seguramente esperaban que respetásemos la regla tácita que impone que su transmisión intergeneracional ocurra dentro de los límites del dominio privado. Pero nosotras la transgredimos, no solo por hacer público lo íntimo, sino también por interrogar las vidas de nuestras abuelas a partir de inquietudes profesionales ajenas al lenguaje intimista y cotidiano de las conversaciones familiares. Ese discurso, cuyo tiempo es distante del tiempo real, pondera hechos e imágenes que para los otros herederos posiblemente tengan un significado distinto. Sacan a la luz episodios que ellos hubieran preferido mantener a salvo de nuestra indiscreción y crean una representación de las abuelas que (tal vez) los perturba porque contradice sus propios recuerdos. Preguntar, dilucidar y explicitar puede ser un problema tanto para quienes hubieran preferido que todo ello quedara en el ámbito familiar como para nosotras. Las alertas del pudor y la prudencia se encienden con fuerza: nuestra versión de las historias que contamos no es definitiva ni la última, pero quedará cristalizada en blanco sobre negro para quien quiera leerla. Las protagonistas no están para autorizarnos o recriminarnos, pero están quienes las conocieron. Conviene entonces insistir en que esta no es más que una versión de muchas.

Nuestras abuelas tuvieron vidas muy diferentes entre sí, protagonizaron acontecimientos y procesos clave de la Argentina del siglo xx, pero desde posiciones asimétricas, localizaciones distantes y perspectivas heterogéneas. No es posible construir un sentido único a partir de sus his-

torias. Cada autora eligió un estilo y una forma de contar a su abuela: mientras que algunas abarcaron toda su vida, otras tomaron solo un breve fragmento o una época precisa.

Este libro está compuesto por relatos heredados de una generación a la siguiente y por fotografías tomadas mucho antes de nuestro nacimiento, en medio de un vértigo juvenil en el que no había tiempo para imaginar que algún día tendrían nietas. Si las fotografías nos permiten recuperar la imagen de nuestras abuelas cuando aún no las conocíamos, sus voces casi no se dejan oír, porque el recuerdo de sus vidas no es el de ellas, sino el nuestro, el de sus parientes, amigos y conocidos. Voces, susurros e imágenes borrosas que componen una memoria singular y selectiva en la que se solapan recuerdos y olvidos que no atienden a comparaciones, generalizaciones ni pruebas.

Sin soslayar la cuota de subjetividad inherente a una indagación como esta, en la que se tensan lo evocativo y lo emocional, su peculiaridad radica en que los recuerdos personales entrelazados con el relato colectivo (o con los silencios tercios) que cada una de nuestras familias tramó para representarse ponen al descubierto las capas más íntimas de la memoria familiar, las que guardan los secretos, las fabulaciones, las conversaciones suspendidas y los malentendidos. No resulta sencillo armonizar las imágenes superpuestas que pugnan por convivir en una narrativa histórica, que para configurarse tiene que develar secretos, descifrar ambigüedades y completar lagunas, buscando en los relatos de otras familias, en los que quedó algún rastro de nuestras abuelas, en una fotografía de juventud o un detalle en apariencia insignificante, que al ser interrogado desde una perspectiva nueva ilumina un punto oscuro, completa un vacío.

Las memorias entrelazadas no son uniformes. Algunos de sus pasajes contienen tramos con hilos sueltos, en los que el diálogo entre las palabras y las imágenes resuelve enigmas y crea una red de significados en la que lo personal y lo colectivo, lo propio y lo extraño, el pasado y el presente vuelven a conectarse. Si las palabras crean un contexto para las fotografías, su capacidad narrativa no siempre depende enteramente de la memoria. Al contrario, a veces, es la

memoria la que tiene veladuras y entonces la imagen es la que completa las discontinuidades o estimula el recuerdo para hacer hablar al silencio.

La memoria y las fotografías constituyen el andamiaje en el que se sostienen las vidas de las que habla este libro, que interroga al pasado en clave histórica a partir de recuerdos propios y ajenos. Sin embargo, los recuerdos no son el punto de partida. La intención fue mantenernos equidistantes tanto de la exagerada intromisión del *yo* como del relato impersonal. No compartimos emociones porque nos rehusamos a que este trabajo sea una simple revisita a nuestros pasados. No son nuestras voces las que le confieren elocuencia a la experiencia de las abuelas, sino el diálogo de esas experiencias singulares y anónimas con problemas como los movimientos políticos y las afinidades ideológicas, el mundo del trabajo, las posiciones de clase, las relaciones de género, la violencia estatal y las prescripciones sociales y afectivas. Estas dimensiones han sido reconstruidas por otros historiadores, en una escala que suele ocultar los intersticios que se abren entre la prescripción y la voluntad individual, entre los límites culturales y las necesidades personales, entre lo regulado y lo posible.

Inscribir a las abuelas en sus trances históricos es una forma de ampliar la interrogación del pasado. La narración de sus vidas dialoga con la Historia para mostrar cómo tomaron forma las motivaciones individuales, las acciones, las ambivalencias, la imaginación, las emociones. Sus vidas —o, mejor dicho, los fragmentos de sus vidas que reconstruimos en cada capítulo— y las historias que ellas esconden están entramadas en vínculos y estructuras sociales y se expresan de una manera específica en función de esa relación, ofreciendo una perspectiva única del contexto y del orden prescriptivo que se extiende más allá del individuo. Pero, además, desafían a los grandes relatos buscando entre sus pliegues la diversidad y el matiz desde una mirada en la que convergen lo social y lo individual, los mundos interiores y las posiciones externas.

MARÍA BJERG E INÉS PÉREZ







María Antonia

1

La abuela María Antonia arma un ramo con flores de su jardín. Es una tarde calurosa de verano de la década de 1970. Estoy en la vereda de su casa con mi hermana Sonia. Llega mi primo, el Negro. Sonia y yo llevamos puestos unos vestidos idénticos azul Francia, con un canesú a rayas y la falda lisa. A mi mamá le encantan Las Trillizas de Oro. Y aunque nosotras tenemos cuatro años de diferencia, nos condena a vestir con ropa calcada y a soportar un flequillo espeso, igual al que las Trillizas lucían en *Un elefante color ilusión*. En un rato, vamos a acompañar a la abuela a la casa de su madre (nuestra bisabuela, Estrella). La visitamos solo dos o tres veces al año, a pesar de que todos vivimos en Juan N. Fernández. La casa de Estrella, que queda en uno de los confines de ese pueblo minúsculo, está impregnada de un olor rancio, mezcla de humedad y fritura. Caminamos por una calle ancha y polvorienta que bordea las vías del ferrocarril y siempre le llevamos algún obsequio: un ramo de flores (como esta vez) o unos buñuelos envueltos en un repasador cuadrillé. Estrella es tan peronista que en una de las paredes agrietadas del comedor colgó una foto de Perón con uniforme militar, montando a Mancha. En la desnudez de esa casa humilde y desamparada, la imagen del ilustre jinete me parece imponente.

Impiadosos, los camioneros que llevan el cereal recién cosechado a la planta de silos de algún acopiador nos cubren de polvo. Mientras andamos a paso cansino, deslizo un comentario sobre la foto y María Antonia responde que ella no entiende por qué Estrella siente tanto amor por Perón.

—Aunque nunca le ha sobrado la plata, me acuerdo bien de la vez que encargó por catálogo ese marco carísimo para poner la foto de su General —me dice.

Sonia y el Negro se nos adelantaron corriendo. Mi abuela se mofa de que, cada 8 de octubre, Estrella festeje el cumpleaños de Perón.

—¿De dónde vendrá ese entusiasmo? —se pregunta—. Si el peronismo ni siquiera la ha sacado de la pobreza. ¡Y pensar que ella creía que la iba a llevar al paraíso! —continúa su soliloquio. Y enseguida formula una tesis de la que parece más convencida cuanto más la repite—: Es por falta de educación, que no es solo cuestión de ir a la escuela, porque yo fui apenas hasta cuarto grado y no soy peronista.

Recuerdo todo esto con nitidez, aunque no sé por qué la escena veraniega y polvorienta dejó en mí una huella imborrable.